

El *carpe diem* y el amor viajan por el mundo

Jesús Vicente García



Grabado para la edición de 1499
de la Comedia de Calisto y Melibea

EN ARAS DE LA MOTIVACIÓN AJENA suele recomendarse: “vive la vida, estás joven, la vida es corta”, y la teoría se lleva a la práctica. De esta manera, las palabras del poeta romano Quinto Horacio Flaco se convierten en realidad mediante el *carpe diem*, locución latina que significa “aprovecha el día”, darle buen uso en un sentido de utilidad. Entonces, vivir no es sólo respirar, sino transformar, y ello concierne, por supuesto, al espíritu y a la razón, no todo puede ser víscera. Dicho tópico se pone en acción en la reciente novela de Margarita Peña, *El amarre*, con personajes que viven con intensidad sus propios intereses y eso les permite crecer y encontrar nuevas razones para continuar transformándose y comprender que lo importante no sólo es lo aprendido, sino su aplicación.

Las voces narrativas

Con fondo musical de boleros, la novela está narrada por una voz omnisciente en su “tiempo primero”, en donde se nos presenta el conflicto principal: Miranda Domínguez White busca el amor. Abogada, soltera, atractiva, “buenísima”, libra, de treinta y siete años, Miranda está llena de soledad porque años antes Ricardo, su gran amor, le rompió el corazón al casarse con una mujer más joven que ella; por eso, busca llenar su vacío



Bestiario de Anne Walshe, s. xv

con la compañía de Alonso Mendizábal: ingeniero, cincuentón, guapo, sensual y sexual, escorpión, fumador empedernido, en proceso de divorcio y que tiene una hija joven. Ambos se unen para retroalimentarse en materia de amor y sexo; erotismo puro.

Ella lo ve en un principio como un hombre atractivo que le hace el amor apasionadamente, y él la ve como una mujer adecuada para el momento, con un futuro incierto. La relación puede resumirse así: “La diferencia es que si para Alonso todos son *acostones*, para ella los encuentros eróticos han sido *relaciones*... experiencias. Quizá aquí resida la clave del asunto (...). Amantes, amigos, amigos-amantes, pero no simples cuerpos.” En apariencia, los ingredientes están dispuestos para lograr un amor con mayúscula: no hay oponentes de ninguna parte, no hay venganzas ni fantasmas “reales” que pudieran aparecerse para quebrantarlos. Si añadimos esoterismo y un ambiente intercultural, todo indica que debe ser una vida envidiable.

En el “tiempo segundo”, ahora son los protagonistas quienes en primera persona relatan lo que sucede en su periplo; sin embargo, es Miranda quien lleva la voz cantante. Cuando Alonso habla es para llenar los vacíos que el lector pudiese tener y, lo más importante, para contrastar la información de uno y de otro que al intercalarse crean un ritmo que nos obliga estar alerta, porque la prosa de Peña nunca está quieta. En medio de ello, está *el amarre* que nos recuerda a la Celestina,

pero que obra sin conjurar a Plutón, sino con una pócima que le da la nana Carmela a Miranda para que se la unte a su hombre en el cuerpo y en el sexo, y así, el afrodisíaco pueda lograr su objetivo: que Alonso nunca deje a Miranda. “El amor modifica la visión del mundo”. Destino trazado.

La voz que enmarca este discurso vocal es la que habla desde un presente para referirse al pasado; la misma Miranda con más de cuarenta años, en silla de ruedas, después de un temblor en el que murió Alonso en un pueblo llamado Quiteria de Todos los Santos. Quiteria, no hay que olvidarlo, fue una mujer joven que murió decapitada a causa de no dejar su amor por Cristo, pero también es aquella labradora hermosa de la segunda parte del *Quijote* por la que Basilio fingió estar moribundo para casarse con ella y así evitar que se casara con Camacho, su rival. Este es sólo un ejemplo de la intertextualidad que existe en esta novela repleta de guiños hacia otras obras y otros siglos, sobre todo los de Oro, que indican el amplio conocimiento literario de la autora, profesora e investigadora universitaria.

Espacio y contradicción

Leer *El amarre* es viajar a Brasil y a Europa. Las descripciones de las diversas ciudades en que se mueven espacialmente los personajes son nutridas, pero no cansadas. Aquí, la descripción no detiene el relato: discurso

y narración se conjugan. El efecto es la rapidez. Mientras Alonso imparte conferencias o cursos en algún país, Miranda nos muestra las ciudades y nos permite ver sus reflexiones, sentir sus deseos, odios, confusiones, amor y conocer a sus amantes.

Ella es el símbolo de la mujer moderna contradictoria: habla inglés y francés, aprende con facilidad el alemán, le fascina la literatura, la pintura, los cafés, los bares, los museos, lo esotérico, pero también se muestra dependiente del hombre cuya relación la hace transformarse de amante a novia, de acompañante a madre. Aunque se enoje, lo atiende, lo trata de entender, lo mimó, hace caso omiso a sus faltas y a su mal carácter a cambio de noches sensuales.

Miranda es todo tipo de mujer para Alonso, según sea la situación, en tanto que éste es más práctico, sólo busca su propio beneficio personal, sexual y profesional; es capaz de cambiarla por otras mujeres en busca de la comodidad. En esta disonancia de formas de ser, Miranda le da la pócima de la nana Carmela, y cuando se acaba busca de acuerdo al país en donde está algo similar y lo encuentra con otro nombre; compra hierbas y polvos para que, mediante el “trabajito”, el amarre continúe. Los otros “sanadores” o “videntes” servirán de profetas para adelantarle a Miranda lo que sucederá y que así tiene que ser, no como una simple receta, sino mediante un armado literario que Peña urde con talento para no dejar ningún cabo suelto.

Carpe diem

A pesar de que hay decepciones, engaños, infidelidades, golpes al corazón, al cuerpo, pócimas que quién sabe si hayan surtido su efecto, siempre está la dinámica de la vida. Ningún personaje se estanca, parece que les inyectaron la energía de los veinte años. En voz de la protagonista, el tópico que aquí funciona como motivo dinámico de los personajes así se plantea: “Busqué en el laberinto una respuesta que me aclarara el misterio de la vida, la amistad y la muerte, que me sirviera de paliativo. *Carpe diem* fue la contestación. Cortar la rosa ahora que somos jóvenes (...) Divertirnos como chiquillos, que- rernos como adolescentes, amarnos en momentos fulgurantes. Fue

Bestiario de Oxford, s. XVI



eso lo que viví en los maravillosos y turbulentos años europeos. Amistad, amor, tierna lujuria.”

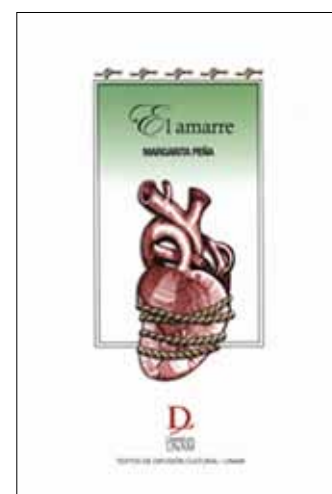
Alonso, a sus cincuenta, no se detiene en su afán de incrementar su currículum como ingeniero de proyectos de viviendas de interés social, busca dinero y prestigio, mente, hierre. Miranda goza, se mueve, no hierre. Aunque decepcionada cuando descubre que se le puede escapar Alonso, cuando sabe que ha muerto su ex gran amor, cuando se queda sin dinero en un país distinto al suyo, no se sienta a llorar. Vende cosas, pinta cuadros, busca formas de subsistencia, se eleva por encima del común y continúa su vida sexual y esotérica.

Como si el poeta Horacio les hubiese dicho que vivieran, porque la vida es corta, porque pueden morir en cualquier momento, porque van a envejecer pronto; como si la pluma de Garcilaso de la Vega apareciese con su famoso terceto del soneto XXIII: “coged de vuestra alegre primavera / el dulce fruto antes que el tiempo airado / cubra de nieve la hermosa cumbre”, los personajes viven y se transforman. Muy quijotesco. Recuérdese el diálogo de Sancho con su mujer al decirle que quien no sabe gozar de la ventura cuando le viene, “no se debe quejar si se le pasa; y no estaría bien que ahora que está llamando a nuestra puerta se la cerremos...”.

El amor o el conjuro

El amarre mantiene un diálogo con la obra de Fernando de Rojas: ¿fueron los polvos, las hierbas y el ungüento lo que hizo que Alonso y Miranda se amaran, se odiaran, se separaran y se juntaran hasta el final, o fueron las formas amorosas de ambos que los llevaron del sexo a la reflexión, de la pasión a lo racional? En *La Celestina*, la pregunta sería: ¿realmente fue el conjuro de Celestina lo que hizo que Calixto y Melibea se hayan amado, fue la retórica audaz de aquella o simplemente la juventud de los protagonistas? Un diálogo más es con *El arte de amar* (*Ars amandi*) en su libro tercero del poema de Ovidio, porque parecen “Consejos para que las mujeres puedan seducir a un varón”.

De esta manera, el lector puede saborear en *El amarre* una buena pócima literaria, ingresará a lo sobrenatural de los hechizos, del erotismo, de las relaciones peligrosas, de los viajes, de las ganas de vivir y, seguramente, le modificará su visión del mundo y del amor. ■■■



Margarita Peña
El amarre
México, UNAM
(Serie Rayuela, nueva época)
2011, 294 pp.